

ESPACIO Y DESARROLLO, N.º 16, 2004

GLOBALIZACIÓN E INSOSTENIBILIDAD ECOLÓGICA Y SOCIAL

*Leonor Guevara*¹

¹ Magíster en Geografía, Departamento de Geografía de la Universidad del Cauca, Popayán, Colombia. Correo electrónico: <leonorguevara@hotmail.com>.

RESUMEN

A lo largo de la historia de los pueblos se puede considerar reciente el hecho de que la diferencia entre las actividades económicas afecte las de aquellos que sufren el control político de otros. Las invasiones previas al denominado *descubrimiento de América* no tuvieron las implicaciones que hoy tienen los vínculos interregionales, aunque no tengan carácter impositivo.

Algunos de los indicadores de globalización desde ese primer momento hasta hoy se desprenden de los continuos avances tecnológicos tanto para la producción en grandes cantidades como para las comunicaciones; también, de las migraciones masivas de población en busca de mayores y mejores oportunidades de vida que ofrecían los descubrimientos de nuevos territorios en el pasado y de oportunidades de empleo en la actualidad; de la relación entre la producción mundial y los niveles de comercialización; y del movimiento de capitales a través de espacios sin fronteras. Sin embargo, no es la misma situación para todas las regiones ni para todos los miembros de toda la sociedad.

Las variaciones provocadas por la reciente estructura del sistema económico hacen que la geografía económica coincida cada vez menos con la política aun al interior de los países, ya que ciertos segmentos de sus sociedades están más integradas con los de otros territorios que con los que administrativamente están más cercanos, hasta el punto de que, estando en el poder, han llegado a desreglar sus propios mercados y a abrir el comercio y el sector financiero en favor de las potencias económicas.

Se considera que para lograr inserción en la economía mundial impuesta por la globalización, surgen nuevos retos en materia de competitividad, retos que tienen graves repercusiones sobre la política ambiental, hasta querer ganar competitividad a costa de ceder principios en ella. Esto resulta inviable no solo por oponerse a los intereses nacionales de mediano y largo plazo, sino también por contradecir acuerdos y compromisos internacionales establecidos.

Una situación que facilita esa concepción es la falta de indicadores para medir la sostenibilidad del desarrollo, ya que cada uno de los tres objetivos —el social, el ambiental y el económico— se determinan con parámetros que no tienen un denominador común que permitan una conversión universal.

Si se quiere mejor calidad de vida para todos —incluyendo a los que no han nacido— hay que plantear un proyecto de desarrollo que responda a las necesidades humanas, pero que no signifique pérdidas de biodiversidad ni deterioros ambientales irreversibles. En conclusión, se requiere dar un vuelco al anhelo globalizador con un modelo de desarrollo que cualifique la experiencia vital y que sea ecológicamente sostenible.

Palabras clave: avances tecnológicos, control político, deterioros ambientales, geografía económica, globalización, vínculos interregionales.

ABSTRACT

Through history of societies we may consider recent the fact that differences among economic activities affect those that suffer political control. Previous invasions of the named *discovery of America* did not have involvement similar to those of the present interregional links.

Some globalization indicators are visible from past to modern times and resulted from the continuous technological advances in the mass production of goods as well as in communications, massive migration of the labor force in search of places that offer better job opportunities, the relationship between world production and commercialization levels, and capital flow without regard of international borders. However, these conditions are not same neither for all regions nor for the members of all societies.

The variations caused by the recent structure of the economic system make the economic geography to be further separate from politics, even at the heart of societies due to the fact that some social segments are more integrated with other territories rather than with their own.

To participate in the world economy, there are new competitive challenges that have significant effects on a nation's environmental policies, making them unacceptable because they disagree with its national interests. There is a need for the establishment of indexes to measure the sustainability of development, because different frameworks determine each of the three objectives—social, environmental and economic.

If we want to achieve a better quality of life for everybody, including the unborn, then we need to build a development project that takes human needs into consideration, without biodiversity loses and environmental deterioration.

Keywords: economic geography, environmental deterioration, human needs, inter-regional links, globalization, political control, technical advances.

INTRODUCCIÓN

Hasta la Alta Edad Media, la actividad económica estaba orientada básicamente a responder por la subsistencia de la fuerza laboral y por el sostenimiento de la clase dominante, con muy pocas variaciones técnicas a lo largo del tiempo, por lo cual no resultaban grandes cantidades de excedentes para intercambiar más allá de los mercados locales. Como lo plantea Ferrer (1996: 12), cuando se superaban los límites y se participaba de la producción de otras regiones —bien fuera por comercio o por expropiación violenta—, su impacto sobre el desarrollo económico de las regiones involucradas era insignificante, en la medida en que prácticamente no modificaban el nivel técnico ni la acumulación de capital, la estructura de la producción o de la productividad. Si se trataba de invasiones, seguramente, «modificaban el reparto de los recursos pero no alteraban el comportamiento de la economía».

Entre los siglos XI y XV, cuando empezó a imponerse el capitalismo comercial —causa y consecuencia del progreso tecnológico y de ciertas transformaciones socio-políticas—, los intercambios ejercieron influencias sobre lo que sucedía en el interior de las regiones relacionadas. Sin embargo, esta expansión solo afectaba al continente europeo, a pesar de existir, por ejemplo, el *camino de la seda*, que comprometía en relaciones comerciales a algunos países mediterráneos con la lejana y exótica China.

No se puede plantear que existiera una red de alcance global hasta después de los viajes de Colón a América y de los portugueses hasta el Asia oriental por vía marítima, cuando frente a la incorporación de semejantes mercados potenciales y de los recursos encontrados, se convirtió en exigencia perentoria el aumento de la productividad bajo el dominio europeo.

En ese momento se hizo evidente la diferencia entre el poder tangible y el intangible. El primero es identificado por Ferrer (1996: 14) como una función que abarca la población y los recursos naturales de un país; y el segundo, como la respuesta al contrapunteo entre el ámbito interno y el contexto externo, que puede ser condicionada en mayor o menor grado por ciertos factores como los relacionados con la tecnología y la acumulación de capital.

Las nuevas condiciones definieron el dilema entre la dimensión endógena y el contexto exterior que habría de tener efectos perennes en los planos económico, social, político y cultural. En el despegue del Primer Orden Económico Mundial, a inicios del siglo XVI, se pueden encontrar los factores que determinaron el sistema internacional y la distribución del poder entre las naciones, así como al interior de las sociedades mismas.

Los continuos avances tecnológicos como los presentados en las comunicaciones, así como el movimiento de capitales a través de espacios sin fronteras, las migraciones masivas de población en busca de mayores y mejores oportunidades de vida, y la relación entre la producción mundial y los niveles de comercialización, permiten identificar algunos de los indicadores de la globalización existente desde ese primer momento hasta la actualidad.

Sin ser nueva la situación que define el concepto, el uso de las expresiones *globalización* o *aldea global* para referirse al estado del mundo actual se ha popularizado a partir de los avances en los medios de comunicación, en los transportes y en la informática, que hacen sentir que cada vez es más rápido —sino inmediato y más accesible para la población— el tener información de lo que se ofrece y ocurre en distintos y lejanos sitios del planeta; es decir, el lugar no tiene mucha importancia. Sin embargo, ¿significa esto que el mundo se va uniformizando, constituyendo un sistema único, un único mercado que compartimos de manera generalizada, donde las diferencias entre hombres, países y culturas tienden a atenuarse y a desaparecer, y que nos convertimos cada vez más en *ciudadanos del mundo*? Por el contrario, pareciera que esa misma globalización es la que hace aparecer como nunca antes los contrastes, las diferencias y las contradicciones, y la que provoca procesos tales como el surgimiento o resurgimiento de fundamentalismos, nacionalismos, localismos y tribalismos, con los múltiples conflictos y enfrentamientos que los acompañan.

Hace algo menos de cuarenta años, parecía que el mundo se había dividido en dos grandes espacios: uno organizado con un *centro* (Estados Unidos) y una *periferia* que giraba alrededor de aquel, y otro que se observaba con recelo o con admiración, según se hubiesen asimilado los principios del comunismo, que también contaba con su propia *periferia*. Tras los cambios ocurridos en la Unión Soviética, la caída del muro de Berlín y los demás eventos de similar magnitud en el plano sociopolítico, la impresión es que cada vez se consolidan más Alemania, Estados Unidos y Japón como centros alrededor de los cuales se tratan de organizar los demás países, tanto solos como agrupados, buscando mayor *capacidad de negociación*, al reconocer que su poder individual no siempre les permite establecer diálogos.

Desde los años setenta, la economía y la sociedad mundiales están sufriendo un proceso simultáneo de integración y desintegración, de incorporación y expulsión, ya que la globalización no significa que todo el planeta se integre al sistema. La integración es tan selectiva que incluso algunos países y regiones son expulsados o abandonados.

Las variaciones provocadas por la reciente estructura del sistema económico hacen que la geografía económica cada vez coincida menos con la geografía política.

Dado que la constitución del sistema de economía mundial no se limita a las fronteras de los países desarrollados, ciertos países en desarrollo o más exactamente ciertos segmentos de sus economías, forman también parte de él. Es así como los procesos de diferenciación del Tercer Mundo franquean un umbral cualitativo (hay países que geográficamente pueden estar en el Sur pero algún segmento en su interior puede pertenecer al Norte y viceversa). En lo sucesivo una brecha profunda separará a los países en desarrollo: de un lado, las naciones que pueden aspirar a la cooptación en el seno del sistema económico mundial y, por el otro, los países condenados en la situación actual a una marginalidad internacional creciente. (Ominami 1987)

Los países tercermundistas aparecen cada vez más como un conjunto de regiones que compiten por insertarse en esa red.

Se trata de un sistema muy complejo en el que las relaciones internacionales no se pueden reducir a las interestatales ya que a ellas se les han incorporado nuevos elementos como son «las interfases por parte de gobiernos (actividad política, científico-tecnológica y económica, para contribuir a determinar ideologías, espacios, innovaciones y reglas de juego); empresas (incorporación y generación de tecnologías, sistema productivo y comercialización) y entes financieros (inversión, intermediación y flujos de recursos)» (Tomasini 1991).

También hay presencia de organismos multinacionales como ONU, Banco Mundial, FMI, BID, entre otros, que en ocasiones cumplen papeles decisivos, así como presencia de las ONG, que afectan y son afectadas por los objetivos y las acciones de los Estados. Entre estas ONG están los grupos ecologistas y el nuevo sector industrial de conservación y restauración ambiental, que han logrado incidir de forma sustancial en la modificación de los regímenes en la materia. La aparición de estos entes y de la concepción ambientalista es, quizá, lo más reciente en todo el proceso globalizador ante el deterioro evidente de la naturaleza y de la sociedad debidos al incremento en los niveles de explotación

La tendencia hacia la conciliación del crecimiento económico, la equidad social y la sostenibilidad ambiental no está exenta de ambigüedad, ya que el término *sustentable* o *sostenible* se aplica tanto a la Ecología como a la producción, al desarrollo, al ambiente o a la sociedad. Sin embargo, ante cualquier definición que pretenda ser exacta, el concepto tiene esencialmente una connotación de renovación continua en el tiempo o de posibilidad de reutilización de los recursos.

Lo más importante es que las iniciativas de *sostenibilidad* no solo se dirigen a la preservación de la vida humana o a dar soporte a ciertos sistemas, sino que también incluyen el sostener e incluso inculcar ciertos valores culturales o políticos particulares. También vale la pena resaltar que cualquier intento de definir *sostenibilidad* estará mediado por los valores de quien realice dicha formulación y, en consecuencia, es muy improbable que se logre un completo acuerdo sobre el significado operacional del término. Por todo lo señalado, la selección de un término es menos importante que la propia definición operacional que se haga de él.

En algún comentario escuchado al paso, alguien planteaba que parte de la atracción de un término como este radica precisamente en su ambigüedad, ya que permite interpretaciones en tantos sentidos que sirven a numerosos intereses que compiten entre sí.

Lograr la sostenibilidad puede estar asociado con la satisfacción de las necesidades del hombre en el presente sin comprometer sus necesidades futuras o, como se definió en la Mesa Redonda sobre el Ambiente y la Economía, llevada a cabo en el estado de Columbia Británica, en 1993: «la capacidad para enfrentar las necesidades de la presente generación sin comprometer la posibilidad de las futuras generaciones para enfrentar las suyas» (World Commission on Environment and Development 1987: 43). Más adelante, en el reporte de 1987 sobre el ambiente y la economía, las Naciones Unidas promovieron la idea de «desarrollo sustentable» resaltando que el ambiente es

donde todos vivimos, y desarrollo es lo que todos hacemos en el esfuerzo para mejorar nuestra «parcela». Ambos términos son inseparables, y se les debe agregar la connotación de que es la posibilidad de permitir la reutilización de los recursos por parte de las mencionadas generaciones.

Lo anterior debería ser objetivo general, ya que de lograrse la sostenibilidad del desarrollo los beneficiarios serían todos los seres vivos; sin embargo, parece imponerse el beneficio inmediato cuando «[...] empresas y organizaciones financieras transnacionales en constante actividad de innovación, alianzas, fusiones y redefinición de productos, mercados y condiciones de competitividad, presionan a los Gobiernos para que contribuyan a instaurar condiciones políticas y económicas favorables a su consolidación y crecimiento» (Tomasini 1991:112).

Toda la intervención que esto significa impone una relación de fuerzas que, en condiciones desiguales, no permite dudas sobre los resultados finales. Cuando se trata de transacciones entre regiones con diferentes puntos de equilibrio lo ideal sería que fuesen equitativas, pero esto solo sería posible en la medida en que se conociera el valor de los elementos, recursos y productos del área que se vean afectados. La posibilidad de equidad se basa en una concertación democrática sustentada en el conocimiento de las consecuencias de las decisiones tomadas. Su ignorancia no permite la vivencia de la democracia y, tampoco, puede justificar los errores.

Las transformaciones sociales, económicas y políticas que se están manifestando en la mayor parte de los países con economías capitalistas —en especial en las que han tomado compromisos con el neoliberalismo— han llevado a desreglar mercados y a la apertura comercial y financiera con las potencias económicas. En el contexto latinoamericano, Chile se ha convertido en modelo de los efectos positivos de estas medidas por su fuerte crecimiento económico (sobre el 6% anual) acompañado de gran estabilidad macroeconómica (inflación decreciente controlada). Sin embargo, se hace menor referencia a los problemas locales causados por esa misma expansión y, desde esa perspectiva, se trata de hacer un análisis general de las políticas e incluso de las actitudes comunes frente a los requerimientos de sostenibilidad que cada vez se consideran más indispensables. En el contexto de la creciente globalización, este desafío de sostenibilidad, implica la revisión de las tendencias y posibilidades de cambio en el consumo de energía, tanto del norte como del sur.

De otra parte, el neoliberalismo y la globalización imponen difíciles competencias exportadoras y, en ese tenor, los denominados *países en desarrollo* no tienen mayores alternativas, lo que los obliga a ofrecer sus recursos naturales y mano de obra a precios bajos, ya que otros elementos como calidad, innovaciones, valor agregado, etc., quedan en poder de los *desarrollados*, de tal manera que para mantener la competitividad se recurre a medidas como las de controlar el costo laboral y hacer que toda la sociedad presente y futura subsidie los éxitos empresariales y macroeconómicos de una pequeña parte de la población. Es imperativo intentar calcular los precios que tendrían los productos colombianos, chilenos o coreanos si las empresas explotadoras tomaran sobre sí los costos en salud o en equipos para evitar la contaminación ambiental, o los

siglos de producción de biomasa o la reducción de la biodiversidad, frente a la *competitividad* que se les está otorgando.

Según Rayén Quiroga y Van Hauwermeiren (1996), el crecimiento económico chileno se ha basado en la expansión exportadora, la que se ligó a la explotación de los recursos naturales y al uso gratuito del medio ambiente. Esto ha provocado que los éxitos debido al incremento del producto interno bruto se vean acompañados por procesos tanto de agotamiento de los recursos naturales como de deterioro ambiental, cuyos efectos ya se sienten, pero sobre los cuales se procura no hacer difusión.

Además, los éxitos macroeconómicos provocados por la transformación estructural de su economía en los últimos veinte años se lograron al mismo tiempo que se verificaban dos procesos de deterioro muy profundos: en primer lugar, la redistribución regresiva del ingreso nacional, con incremento de la pobreza y del desempleo (mitigados desde 1990); en segundo término, el deterioro del ambiente y de la salud humana, cuyas consecuencias de largo plazo todavía se desconocen.

1. LA INSOSTENIBILIDAD ECOLÓGICA DE LA EXPANSIÓN ECONÓMICA

Como se señaló, el pasado permite comprender que la globalización no es un fenómeno nuevo, pero «hasta tiempos recientes la cuestión ecológica era prácticamente irrelevante en las relaciones internacionales y, la pobreza, un tema encerrado dentro de las fronteras de cada país» (Ferrer 1996: 16). Las posibilidades alcanzadas para llegar a una rápida destrucción ambiental y los factores de violencia generados, entre otras razones, por los elevados índices de pobreza en los que se encuentran numerosos grupos de población, se han convertido en nuevos elementos que afectan las relaciones internacionales.

El optimismo *economicista* es injustificado, ya que el crecimiento económico no conduce necesariamente a eliminar la pobreza; más bien, quizá sí se base en explotaciones que superan la resiliencia ecosistémica. Además, los efectos del proceso de globalización dependerán también, por ejemplo, de factores tales como la estructura de la producción o el grado de complementariedad y competitividad existente entre las economías, factores que pueden llevar más a efectos negativos que a logros.

Para el caso de países como Colombia o Chile, el nivel de producto interno bruto depende básicamente de las exportaciones y, a su vez, la mayor proporción de las ventas está constituida por recursos naturales. Si Chile (con igual PBI per cápita que España) o Colombia quieren tener el nivel de vida español, el primero tendría que crecer a los ritmos actuales (6-7% anual) por más de veinte años, y Colombia —que apenas llega ha llegado a cifras positivas— necesitará por lo menos tres veces ese tiempo. Pero semejante esfuerzo, si no se cambia la estructura productiva, ¿significaría sextuplicar el volumen actualmente extraído de recursos naturales, y siendo así, tanto los recursos como sus ciclos naturales y los equilibrios ecológicos podrán sustentar la pretensión de los que toman las decisiones?

Sostenemos que el rápido crecimiento económico chileno es inseparable de la desprotección y desregulación efectiva de los ecosistemas que sustentaron dicho proceso. Aun más, la expansión exportadora que lideró el crecimiento económico verificado en Chile no hubiera sido posible de existir un estándar ambiental superior, básicamente porque éste limitaría en mayor o menor grado la propensión (institucionalmente legítima) de las empresas a externalizar los costes por servicios ambientales. (Quiroga Martínez y Van Hauwermeiren 1996: 16)

Es prudente establecer que las externalidades son tales tanto para la contabilidad de las empresas como para la decisión de los precios de la oferta exportable, pero no es así para la sociedad en su conjunto, para diversas especies ni para las generaciones futuras. Esto, unido a la carencia de regulación y a la falta de una efectiva protección de los ecosistemas, ha llegado a transformarse en ventajas comparativas en el escenario internacional, las que —si bien espurias— se traducen en altas rentabilidades microeconómicas y, ulteriormente, en éxitos macroeconómicos. Sin embargo, solo si se ve este proceso desde el reducido ámbito de la economía tradicional se considera un logro valioso; si se impone otra mirada (lo cual es necesario) para pretender sostenibilidad ecológica y social, entonces el resultado es bien distinto.

Una limitación muy marcada es la falta de indicadores para medir la sostenibilidad del desarrollo, ya que cada uno de los tres objetivos —el social, el ambiental y el económico— se miden con parámetros que no tienen un denominador común que permitan una conversión universal. ¿Cómo permitir o evitar el intercambio de una hectárea de bosque nativo por una tonelada de la más reciente innovación tecnológica?

El esquema que parece manejarse consiste en la apertura y desregulación del comercio y de las inversiones, en un contexto de desprotección tanto de la contratación de los recursos humanos como de la utilización del medio ambiente como fuente inagotable de recursos naturales y como receptáculo de desechos, que prácticamente se han convertido en dinámicas sistémicas que se retroalimentan y que, a su vez, respaldan la llamada *competitividad* gracias a la externalización de los costes ambientales.

La lectura irreflexiva del sistema a partir de los *éxitos* micro o macroeconómicos alimenta su propia reproducción, si bien —en un horizonte de más largo plazo y tomando en cuenta más variables— se puede observar la imposibilidad de mantener la sostenibilidad ecológica que el proceso trae consigo

En términos del uso de energía, el proceso de globalización impulsado por el libre comercio y el incentivo desbordado a las inversiones genera un aumento considerable en su utilización, aumento que opera en varias dimensiones y sentidos. En primer lugar, el que se consume por unidad de *utilidad* producida, así como el que imponen los incrementos en las distancias geográficas implicadas en las distintas etapas del proceso ecológico-económico (diseño, abastecimiento de energía y materiales, producción, mercadotecnia, distribución, consumo, producción de empaques, disposición de desechos, etc.). En segundo término, la globalización genera un cambio cualitativo y cuantitativo en la disponibilidad de información, en el acceso a bienes y servicios y en los patrones culturales, lo que se traduce en prácticas de persuasión para incrementar

el consumo de productos importados (supuestamente mejores). Como tercer punto, en el mejor de los casos (desde la perspectiva economicista), el proceso de globalización incrementa el ingreso nacional por la vía de las exportaciones, lo que aumenta absolutamente la demanda por bienes y servicios. Con todo esto, y sin considerar la preocupación por la distribución de los costos y los beneficios de la expansión económica, el incremento señalado de la demanda obviamente propicia aumentos en el consumo de energía.

Aunque desde una perspectiva microeconómica este comportamiento puede tener sentido (por la maximización de la satisfacción individual del consumidor y de las ganancias del empresario), desde la perspectiva ecosistémica se compromete la sostenibilidad del proceso y, en el mediano y largo plazo, la calidad de vida.

El pesimismo frente a las posibilidades de control de consumo energético se basa en que la red de interdependencia mundial es cada vez más entrelazada. Así, si se lograra que los países industrializados impusieran mayores modificaciones tecnológicas que permitieran menor consumo y mayor eficacia en el uso de la energía y de los recursos, se afectarían las posibilidades importadoras de las naciones en desarrollo que las financian con el producto de sus exportaciones, con lo cual la revitalización de sus economías se dificultaría aun más. En consecuencia, frente al menor crecimiento económico se incrementarían las dificultades para lograr —o por lo menos disminuir— los niveles de pobreza de su población y controlar el deterioro ambiental.

A las tasas de crecimiento económico deben acompañarlas, entre otros factores, un ritmo muy bajo de aumento de la población para que se logre al menos un reflejo positivo en el ingreso per cápita que tanto afecta a las condiciones ambientales como a la calidad de vida de la población en general, ya que la pobreza reduce la capacidad de los individuos para utilizar los recursos de manera sostenible e intensifica la presión sobre el medio ambiente. Ante esto, Enrique Iglesias (presidente del BID) considera que la pobreza crítica y acumulada lleva a la depredación de los bosques y a la contaminación de las ciudades y las aguas, y define la pobreza como «el primer contaminador del mundo».

2. GLOBALIZACIÓN, SOSTENIBILIDAD Y ÉTICA

La globalización estimula la expansión de los determinantes del nivel de actividad económica agregada, y aumenta el transflujo energético. La desregulación económica (comercial y financiera), en un marco de incentivos implícitos en la externalización de costes ambientales, necesariamente se traduce en deterioro ambiental. De acuerdo con Dourojeanni (1995: 5), cada vez se marca más una dualidad manifiesta de estilos de desarrollo, uno que proviene desde fuera de la región andina, con sentido de globalización, uso de tecnologías avanzadas y amplios capitales, y otro basado en sistemas de producción y extracción tradicionales —poco intensivos de capital—, usualmente variados y de escalas relativamente pequeñas.

Si se quiere mejor calidad de vida para todos, incluso para los que no han nacido, entonces hay que plantear un proyecto de desarrollo que responda a las necesidades humanas actuales y futuras, y que no devenga en pérdidas de biodiversidad ni en deterioros ambientales irreversibles. Simplificando en extremo, se debe diseñar un modelo de desarrollo y potenciar estilos de vida que impliquen la calificación de la experiencia vital, que sean ecológicamente sostenibles y que no se conviertan necesariamente en incrementos del transflujo de energía. En estos quehaceres, los científicos y los académicos tienen un amplio espacio para contribuir, así como una enorme responsabilidad en los resultados que se obtengan.

Como parte del enriquecimiento de la discusión, se ha propuesto a la Economía Ecológica para ampliar el abanico de variables que se deben considerar en el análisis, con lo que se estimula el camino de vuelta hacia la síntesis cognitiva y se hacen más complejos los sistemas, aunque con esto haya que aceptar y hacer explícitas las incertidumbres. Tal vez este sea el camino menos fácil o el que haga sentir más incómodos a quienes se internen en el debate; sin embargo, es al mismo tiempo una forma más efectiva de explorar ciertos problemas con la esperanza de desarrollar sociedades sostenibles.

Entre otras, no es posible escapar a la reflexión relacionada con las consecuencias de las acciones individuales sobre el colectivo humano y el ambiente, y al respecto la Ética ofrece importantes argumentos. Por ejemplo, sugiere aprender a renunciar, y si bien es cierto que por definición no se pueden alcanzar las utopías, hay que considerar su reivindicación como referentes válidos y deseables en el quehacer científico. La sostenibilidad de las sociedades humanas depende de que aprendan a reconocer que el crecimiento económico infinito es una imposibilidad que, entretanto, resulta sumamente costosa, así como de que aprendan, especialmente, a *ser* antes que a *tener*.

En síntesis, articulando cambios en el sentir y en las conductas de los ciudadanos —en tanto consumidores más conscientes— con el diseño de políticas económico-ecológicas congruentes con el desarrollo de la sostenibilidad, se puede tener más posibilidades de que el proceso de globalización se convierta en un pseudoactualizador (Max Neef y otros 1986) o en un rápido elemento que deteriore de nuestra calidad de vida. Lo ideal sería aprender a vivir mejor con menos: menos consumo de bienes y servicios, menos globalización, menos consumo energético.

Los niveles de consumo individual y social deberían estar mediados por la sostenibilidad a largo plazo; sin embargo, lo que prevalece es la trasgresión de los límites ecológicamente aceptables. Si las condiciones así lo exigen, hay que aceptar los cambios que las decisiones le impongan al ecosistema, pero con la planificación necesaria para permitir su regeneración o la compensación del daño en un espacio adyacente. En el caso de los recursos no renovables, su explotación debería hacerse con un ritmo que esté en relación directa con la disponibilidad de tecnologías para hallar sucedáneos

Las acciones individuales pueden determinar las condiciones de vida para la sociedad en general. Frente esto, la educación, la ética y la normatividad pueden jugar un

papel decisivo para evitar situaciones irreversibles, a pesar de que se puede afirmar que la mayoría de los problemas ambientales son efecto de las diferencias de poder económico y político inter e intraestatales, las cuales también definen la posición de cada país en el proceso de globalización.

En ese sentido, la propuesta de «comercio justo» (Max Neef y otros 1986) como alternativa al «libre comercio» resulta sumamente interesante, ya que de manera simultánea desde la Economía y la Ecología se hace cargo de la discusión sobre la equidad en la distribución de los recursos, los beneficios y los costos.

A partir de lo expresado por Quiroga y Van Hauwermeiren (1996), el «comercio justo» está orientado hacia la dimensión cualitativa del desarrollo; no es solo un instrumento del crecimiento económico, sino que establece límites ambientales y sociales al comercio desde los principios de sostenibilidad ambiental y equidad social; promueve un intercambio equitativo al considerar las relaciones de poder y las asimetrías entre los países; quiere cambiar el modelo vigente de ocupación del espacio ambiental en forma exagerada y desproporcionada y, en este marco, reconoce y reclama la creciente deuda ecológica del norte hacia el sur; propone el principio de precaución que establece que en caso de incertidumbre acerca de posibles daños es mejor evitarlos y prevenirlos por medio de regulaciones que dejar que el mercado determine dinámicas comerciales desconocidas; reclama precios justos que reflejen los costos ecológicos y sociales de la producción o de la explotación; promueve la internalización de costos sociales y ambientales en la estructura contable de las empresas y en los precios finales al consumidor; promueve la participación de los diferentes actores que conforman la sociedad de cada país, su solidaridad, el diálogo y la orientación de las políticas comerciales, hasta ahora sin acuerdo.

Fuera de los planteamientos de la economía ecológica, para muchos autores el remedio de la situación se encuentra en generar mayores riquezas económicas para poder financiar el costo de un ambiente diverso y limpio. En concordancia con ellos, más crecimiento solo agrava el problema, pues implica más contaminación y desechos, mayor uso de los recursos naturales ya sobreexplotados, así como mayor exigencia y presión sobre los ecosistemas. También en esta línea se considera que la causa del grave deterioro del ambiente y de los recursos naturales no es la transformación económica sino la desregulación ambiental y la desprotección del patrimonio natural. En ese sentido, apuntan que ha habido falta de voluntad política debido a que la protección del medio ambiente comprometería la competitividad internacional de los productos.

Retomando el caso chileno, Quiroga (1996) sostiene que el crecimiento económico experimentado por su país se acerca progresivamente al punto de incapacidad de sustentación, que un país exporta lo que puede, no lo que desea y que, juzgando por las inversiones extranjeras previstas, no se vislumbran cambios significativos en esa economía que basa su desarrollo económico en el crecimiento de las exportaciones —de las cuales casi el 90% proviene de sus recursos naturales—. Así, «existen serias aprehensiones de que más temprano que tarde el tigre que estamos deseando que nazca,

no tenga selva en qué vivir» (Manuel Baquedano. En Quiroga Martínez 1994: prólogo). El ejemplo de Chile permite sacar conclusiones individuales acerca de la validez de las diferentes posiciones teóricas sobre los efectos de ciertas políticas macroeconómicas.

3. LA SOSTENIBILIDAD DE CARA A LA GLOBALIZACIÓN

Es notorio que la comunidad internacional cada vez otorgue mayor importancia a los asuntos ambientales y a la sostenibilidad del desarrollo, en el marco de la globalización cultural, política y económica que caracteriza al mundo contemporáneo. Los requerimientos de cambio en los órdenes nacionales se insertan en una matriz internacional definida por nuevos bloques de intereses, crecientes necesidades de cooperación y negociación, y por determinaciones mutuas cada vez más intensas entre lo ambiental, lo político y lo económico. Esto impone un redimensionamiento de la relación de la población con el exterior, y abre un nuevo espacio de interacción entre países y entidades públicas y privadas, donde el concepto de soberanía nacional debe prevalecer adquiriendo nuevos contenidos y matices.

En el marco de la globalización, con el incremento del comercio internacional y la difusión entre todos los países de patrones de consumo y producción, se exige un planteamiento a escala mundial que permita la transición hacia el desarrollo sostenible. Se requieren estrategias de cooperación regional para mejorar las condiciones de inserción de las economías nacionales en el mercado global, lo que ha llevado a que muchos países hayan adoptado modelos caracterizados por la apertura económica, que se complementan con su incorporación a bloques comerciales y a otros tipos de acuerdos regionales.

El modelo globalizador tiende a autorreforzar su funcionamiento, y dada la asimétrica disponibilidad de capacidades tecnológicas y de innovación entre los países desarrollados y los que no son considerados como tales —entre los que se encuentra Colombia—, una vez que se entra en esta competencia es muy difícil cambiar de categoría. Es importante considerar en este punto que los países de economías emergentes como algunos de los asiáticos que han logrado trascender la etapa exportadora primaria —y han podido generar economías fuertes con ciertas mejoras en la equidad— lo han logrado merced a importantes regulaciones y políticas gubernamentales dirigidas a mejorar la competitividad a partir de cambios en los campos de la educación, la salud, la tecnología, etc.

Los países que lideran la economía mundial —globalizados en gran medida— compiten sobre la base de innovación tecnológica, diferenciación cualitativa, desarrollo de información y de servicios personalizados, etc., y de hecho, el mayor nivel de procesamiento y valor agregado de los productos y servicios conlleva un mayor precio relativo, permite la distribución de la riqueza generada entre los factores productivos (que además de incluir trabajo y capital, bien podrían considerar al medio ambiente). Además, prácticamente se puede plantear que ningún país hoy llamado desarrollado ha conseguido niveles de equidad, estabilidad, calidad laboral, protección, preservación

ambiental, desarrollo científico y tecnológico; en definitiva, mejores niveles de vida para sus hombres y mujeres, compitiendo sobre la base de menores costos de producción, lo cual, a largo plazo, puede acarrear problemas insalvables aunque previsibles.

El caso chileno continúa siendo útil como ejemplo de los efectos causados por su reorientación de la política económica:

[...] aún hoy casi 9 de cada 10 dólares exportados corresponden a extracción y/o leve procesamiento de recursos naturales, lo que se verifica en 4 sectores productivos primarios: minero, forestal, agrícola o pesquero. El 88% de nuestras exportaciones está concentrado en productos primarios de bajo nivel de procesamiento (baja productividad y ancla a los salarios), escasa o nula diferenciación cualitativa y que enfrentan sobreoferta cíclica mundial (lo que hace caer cíclicamente los precios, retornos de exportación y empleo generado). Así la opción de especializarnos en producción de productos primarios hace prácticamente imposible generar un proceso de desarrollo. (Quiroga y Van Hauwermeiren 1996: 7)

Para cualquier país, sea Chile o cualquier otro, que adopte un esquema similar, no le resultará difícil esperar que se incremente el deterioro y se comprometan los ecosistemas que sustentan todos los procesos de la economía humana.

Un claro ejemplo de dicho compromiso lo ofrece la industria de las astillas o chips, que debería ser un complemento de la industria de la madera, los aserraderos o las fábricas de chapas y tableros, donde se aprovechan adecuadamente los volúmenes más valiosos del bosque. Sin embargo, lo que se adelanta es un proceso negativo, ya que se ha revertido su sentido; vale decir, la demanda por astillas lleva a cosechar todo el bosque y no solo a extraer la madera de menor valor. A pesar de que los productores de astillas aseguran que utilizan los bosques demasiado maduros y que con ello limpian y rejuvenecen los antiguos, las exigencias de quienes requieren la exportación de chips imponen una alta calidad: los troncos no pueden estar apolillados, podridos ni quemados. Es decir, solo se puede usar madera de buena calidad, sin diferenciar aquella que se utiliza en la producción de papel, que quizá podría ser diferente de la que va a tener otro uso.

Cabe agregar un problema adicional: muchos de los exportadores forestales no poseen bosques propios para cosechar de modo sostenible, por lo que han abierto un poder comprador a los intermediarios, o han incentivado la venta entre quienes poseen bosques o viven cerca de ellos, lo que representa una explotación sin medida ni control.

Como parte de las propuestas de acción para alcanzar la sostenibilidad, Dourojeanni (1996) propone movilizar y enfocar los esfuerzos de la sociedad para alcanzar metas preestablecidas de crecimiento económico, equidad y sostenibilidad ambiental, dentro de límites impuestos por la necesaria solución de conflictos mediante conciliaciones entre los distintos estilos de desarrollo y de vida que imperan en los países de la región. Esto impondría una participación activa de toda la población, lo que a su vez exige medidas de diferente orden.

La participación democrática para lograr una gestión que lleve al desarrollo sostenible es fundamental para conciliar las diferentes necesidades de todos los sectores sociales y económico-productivos. Entre ellos, se deben reconocer y delimitar con claridad al sector formal y al informal, definidos como tales en función de su integración con la estructura económica institucionalizada.

En cuanto al sector informal, las medidas prioritarias para lograr su participación y su actuación dentro de parámetros sostenibles deben radicar en incentivos, contribuciones y, en especial, educación. Mientras tanto, con el sector formal se pueden manejar estrategias de carácter mucho más económico, como la obligación de ejecutar estudios de impacto ambiental en todas sus acciones, la valoración económica de los recursos naturales que emplea o la implementación de cuentas del patrimonio natural.

Con el sector informal, dadas sus características particulares —dominadas por la falta de organización— el reto es mayor que el de afectar las finanzas empresariales, puesto que significa identificar algún sistema que permita llegar a todos los integrantes del sector y *convencerlos* de la necesidad de actuar dentro de parámetros ambientalistas

No se trata simplemente de saber cuántos bosques nativos hay o cuántas especies han logrado sobrevivir a ciertas condiciones adversas; se debe, en esencia, invertir de forma significativa en el seguimiento y el conocimiento de cómo funcionan los ecosistemas intervenidos por las actividades socioeconómicas, e invertir también en la recuperación de los recursos degradados, lo que significa la posibilidad de prever mayores conflictos.

CONCLUSIONES Y SUGERENCIAS

En este trabajo hemos planteado que existe una interrelación evidente entre —dentro de otros factores mencionados— el modelo actual de comercio internacional, el uso exagerado de los recursos naturales, la degradación ambiental que convierte al medio en el gran receptáculo de desechos (que se incrementan en proporción geométrica), y las asimétricas relaciones de poder para quienes intervienen en la explotación de los recursos naturales. Ante esta interrelación se puede concluir que la sostenibilidad del proceso está gravemente condicionada.

Resulta difícil garantizar que el incremento de la actividad comercial, con su consecuente rentabilidad, se revierta en inversiones para recuperación y mejoramiento ambiental; por el contrario, al empresario le corresponderá una lucha dispareja por lograr cada vez mayor competitividad. Chile ha servido como un fuerte ejemplo de algunos resultados negativos de una política que incentiva la vinculación de su economía nacional al modelo globalizador, al tiempo que se reseñan unos cuantos comentarios acerca de los hechos que han servido para presentar a este mismo país como el gran ejemplo de las ventajas que el modelo conlleva. El desequilibrio de la balanza, de momento, depende del peso un tanto subjetivo que cada quien le dé a unos y otros, ante la falta de medidas contables de los recursos o de su deterioro, lo que se convierte

en una transferencia del patrimonio de pertenecer a todos a beneficiar a algún individuo o a conglomerados limitados.

Se convierten en tareas urgentes tanto tomar medidas que permitan garantizar la sostenibilidad de todos los procesos, como evitar las políticas que estimulen o que permitan la degradación ambiental, social o laboral. No se trata solo de privilegiar a la naturaleza sino, ante todo, de priorizar las posibilidades que eleven el nivel de la calidad de vida de todos.

La conservación de los recursos naturales, el uso adecuado del suelo, el desarrollo de una agricultura que emplee menos insumos químicos y más procesos productivos limpios; todo esto solo tiene sentido en la medida que evite o, al menos, minimice la degradación ambiental, y favorezca mejores condiciones de vida, en especial para las poblaciones que habitan en las zonas aledañas a los cultivos y, además, para quienes consumen la producción.

No resulta posible continuar aplicando políticas inadecuadas que estimulen o permitan afectar el ambiente natural, social o laboral para lograr *ventajas comparativas*. Esta práctica debería ser considerada una manifestación más del desleal *dumping*: de hecho, se están realizando ventas por debajo del costo real de producción, debido a que los precios de mercado de muchos productos —como es el caso de las exportaciones de materias primas de los países no desarrollados— no incluyen la degradación ambiental que causa su explotación ni —dentro de ella— el costo en la salud y la pérdida de biomasa ni tampoco las condiciones laborales inequitativas que por lo general se manejan en la explotación de los recursos naturales. Se debe garantizar la protección de los sectores vulnerables, sean sociales o ambientales. Esto puede afectar la rentabilidad empresarial en el corto plazo; sin embargo, la externalización de los costos no puede ser responsabilidad de la sociedad.

La regulación estatal que afecta a las inversiones debería orientarse a beneficiar a los sectores económicos que fortalezcan las ventajas comparativas dinámicas, como sería la interconexión que en el caso del comercio, por ejemplo, lleve a que el incremento del exterior se refleje en la expansión e integración del interior. Se debe resolver, ante todo, la falta de una legislación y una normatividad efectivas que reviertan los efectos devastadores de prácticas inapropiadas, y superar la extensa legislación plasmada solo en el papel.

Sin la garantía del derecho y la soberanía de los países y de las comunidades, la globalización puede llegar a comprometer instancias sociales, económicas, políticas, culturales y ambientales si se siguen manteniendo una visión economicista del desarrollo y una valoración extrema del individualismo, el consumismo y la competencia. La responsabilidad para que esto no suceda, es de *todos* los actores sociales.

BIBLIOGRAFÍA

BROWN, M. B.

1993 *Fair Trade. Reform and Realities in the International Trading System*. Londres: Zed Books.

COUTO, M. C.

1993 «El mercado libre amenaza al medio ambiente». En L. Silva (ed.). *El derecho al desperdicio. Mercado libre y ecología*. Santiago de Chile: International Workers Aid-Friedrich Ebert Foundation.

DAWKINS, K.

1991 *Balancing Policies for Just and Sustainable Trade*. Minneapolis: Institute for Agriculture and Trade Policy.

DOUROJEANNI, A.

1995 «Conflictos y conciliaciones de estilos de desarrollo en los Andes». Mimeo. Lima.

1996 «Reflexiones sobre estrategias territoriales para el desarrollo sostenible». Mimeo. Santiago de Chile.

EKINS, P.

1992 *A New World Order: Grassroots Movements For Global Change*. Nueva York-Londres: Routledge.

FERRER, A.

1996 *Historia de la globalización. Orígenes del orden económico mundial*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

GUHL, E. y J. G. TOKATLIAN (eds.)

1994 *Medio ambiente y relaciones internacionales*. Santafé de Bogotá: TME.

GRIFFIN, K. y J. KNIGHT (eds.)

1990 *Human Development and the International Development Strategy for the 1990s*. Londres: Macmillan Publishers Press.

MAX NEEF, M., A. ELIZALDE y otros

1986 *El desarrollo a escala humana. Una opción para el futuro*. Santiago de Chile: CEP-AUR.

OMINAMI, C.

1987 *El tercer mundo en la crisis*. Buenos Aires: Grupo Editor de América Latina.

QUIROGA MARTÍNEZ, R. (ed.)

1994 *El tigre sin selva. Consecuencias ambientales de la transformación económica chilena: 1974-1993*. Santiago de Chile: Instituto de Ecología Política, Programa de Economía Ecológica.

QUIROGA MARTÍNEZ, R. y S. VAN HAUWERMEIREN

1996 *Globalización e insustentabilidad. Una mirada desde la Economía Ecológica*. Santiago de Chile: Instituto de Ecología Política, Programa de Economía Ecológica.

ROPKE, I.

1993 *Comercio, desarrollo y sustentabilidad: una evaluación crítica del dogma del libre comercio*. Santiago de Chile: Instituto de Economía Ecológica.

SCHATÁN, J. (ed.)

1993 *Crecimiento o desarrollo: un debate sobre la sustentabilidad de los modelos económicos*. Santiago de Chile: CEP-AUR-Fundación Friederich Ebert.

TOMASSINI, L. y otros

1991 *La política internacional en un mundo postmoderno*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

VAN HAUWERMEIREN, S.

1995 «El comercio justo como alternativa para avanzar hacia la sustentabilidad del desarrollo». Ponencia. Temuco (Chile): 5.º Encuentro Científico del Medio Ambiente.

WORLD COMMISSION ON ENVIRONMENT AND DEVELOPMENT (WCED)

1987 *Our Common Future (The Brundtland Report)*. Oxford: Oxford University Press.